

Angelicales voces intocadas por el tiempo anidaron entonces en la morada del deterioro humano. Voces impolutas por el devenir de los años dejaron de pertenecer a la materia y al cuerpo que habitaban para evocar, con sus melodías, nuestras ansias de cielo.

Volar sin límite

El cielo se extiende como una pena sin dueño. Las nubes, de tan cercanas, incitan a perderse en su blancura mullida. Tras el ronroneo metálico escucho el silencio de lo intangible, presiento los recuerdos vagabundos en la inmensa memoria del azul. Si esta cárcel aérea no apresara mi libertad, podría perderme en la fluidez de la nada, navegar sin curso con los vaivenes del

tiempo. No más inútiles vasos de agua que nunca mitigan la sed de la historia desbordada de quienes pierden la identidad al desprenderse de la tierra. No más sonrisas ante el vómito o la insolencia, no más almohadas ni frazadas para cobijar el miedo, ni volver a deambular por un pasillo que es un fin es sí mismo. Olvidar el berreo de chiquillos aburridos o hambrientos. No más abrocharse el cinturón, ni repetir instrucciones que nadie escucha.

Silenciar esas voces siempre iguales, nunca las mismas, esas demandas repetidas que se han aposentado en mis sueños. Desvanecer esos rostros angustiosamente nuevos que reiteran su presencia en el espacio que hermana su anonimato. Podríamos volar todos, volar de verdad, sin límite ni ataduras; confundir nuestros destinos en el estallido liberador, durante la brizna de tiempo destinada a con-

fundir final con principio, inutilidad de los anhelos, fugacidad de las desventuras, instante revelador, cruce entre el gemido de la creación y el estertor de la muerte.

Mi cuerpo se mueve en este ámbito como un feto en el vientre que lo gesta. Mis pasos se aligeran como en un preámbulo a la ingravidez del éter. Soy una de las depositarias de la certeza, esperanza de que nada terrible ocurra, indumentaria y actitud de profesional. Junto a la salida de emergencia hay más espacio. Examino el ventilador del asiento junto a la ventanilla. Me acuclillo para inspeccionar los salvavidas. No hay pasajeros en esta fila. Me siento. Contemplo la aérea promesa que se abre más allá del encierro de murmullo incesante. Mis manos acarician el seguro, los dedos lo hacen girar. Me inunda la calma. Al fin me perderé en las nubes. ~

